

## “EL ÁNFORA”

**N O T A : EL CUENTO “EL ÁNFORA “ DE HUGO EDUARDO DIAZ FORMA PARTE DE LA SELECCION DE CUENTOS Y PUBLICADO EN EL ÚLTIMO CAPITULO DEL LIBRO “MANIFIESTO IRREVERENTE Y OTROS RELATOS”, DEL MISMO AUTOR.**

Mientras el potente haz de luz del alumbrado callejero de esa noche de invierno abrillanta los copos de nieve enviados por el cielo, ahora tenebroso y oscuro, tapizando lentamente de blanco la desolada calle del pueblo, bajo uno de los grandes y frondosos árboles, semejantes a inmensos fantasmas cubiertos con túnicas blanquecinas, una silueta humana se ampara del viento arreciante apoyada en el voluminoso tronco del vegetal. De pronto a lo lejos se divisa la poderosa luz de un vehículo mostrando la soledad del lugar y avanza hasta detenerse donde la figura de una mujer lo espera.

-“Disculpa, mi amor, pero no pude llegar antes... Tuve problemas... Además me perdí... No lograba ubicar la ruta... Estás tiritando... Apúrate... Sube...”. Habló el nervioso conductor del auto.

-“Hola mi amorcito... Hace más de una hora que estoy esperando... Estoy heladita....

Estoy casi congelada... ¿Tú me quieres, no es cierto? “. Respondió y preguntó la mujer.

El hombre sin decir palabra, le sella la boca con un beso apasionado, largo y poseedor.

Eran amantes y se amaban furtivamente. Nadie podría suponer que esa mujercita de rostro angelical, de facciones hermosas y delicadas, de

aspecto grácil y tímido, era dueña de una osadía desafiante a los peligros de una relación amorosa secreta y adúltera. Nadie tampoco se imaginaría el volcán que guardaba esta personita, al verla con su cadencioso caminar de gacela, como si temiera herir el suelo con sus pequeños pies, su andar lento, con su cara siempre bañada de pensamientos lejanos, con su impasible carita de inocencia y ausencia e ignorando las miradas de los hombres que contemplaban esa figura de mujer que sin proponérselo los atraía motivándoles una extraña sensación de ayuda y protección. Su mirada tierna y su elegante femineidad era no pocas veces motivo de críticas de algunas mujeres que se vanagloriaban de sus propios contornos voluptuosos y provocativamente sensuales que ellas mostraban ostentosamente a los hombres. Un observador cualquiera podía fácilmente descubrir la aureola de soñadora y romántica que sin proponérselo ella paseaba por las calles, pero jamás podría saber cuánta capacidad de amor fogoso y ardiente escondía ese cuerpecito de mujer.

El auto cómplice, con ambos enamorados sobre sus asientos, busca un lugar aún más solitario y alejado, se estaciona mientras el ventarrón y la lluvia, cayendo ahora torrencialmente, oculta los besos y las caricias de esos seres que arriesgan su tranquilidad para mirarse a los ojos y jurarse amor por siempre una o dos veces por semana, pero nunca los días lunes. Extrañamente y contradiciendo la costumbre generalizada de los amantes del mundo que se separan angustiados los días viernes y se juntan desesperados los días lunes, ella eludía extrañamente concordar cita esos fatídicos días para el conductor del vehículo, por objeción de ella, la bella.

Ella, la amante de Ricardo, era una mujer casada pero con grandes desilusiones y engañada por un esposo vulgar, vividor y ostentoso de su calidad de macho y él, Ricardo su amante, era un hombre solitario, taciturno, tranquilo, separado hacía algunos años de su esposa, pero que mantenía un prolongado compromiso y convivencia con una dama, por lo cual eran ampliamente conocidos como marido y mujer.

Los dos amantes se habían atraído inicialmente por esa similitud de caracteres, la que con el fragor de la intimidad y la confianza adquirida por el tiempo ya transcurrido, ambos fueron entregando más y más de sus más recónditos deseos y placeres que se puedan otorgar mutuamente un hombre y una mujer que se aman. Esta unión amorosa teñida de pasión y romanticismo, de lealtades y sinceridades sin límites, se acrecentaba con la maestría con que ella como una gatita seducía y demostraba su portentosa calidad de hembra que está amando. Los dos amantes esperaban con ansias el día, hora y lugar de las citas, acudiendo ambos con sagrada puntualidad a costa de grandes sacrificios y riesgos, pero que los soportaban estoicamente como prueba del gran amor que sentían el uno por el otro.

En esos momentos de quietud y tranquilidad que se siente después de saciados los ímpetus amorosos, con aún las pupilas dilatadas por el placer, surgían las palabras de amor, el coloquio sentimental y las promesas de amantes, algunas originales y poco comunes. Antes del último beso de despedida había que planificar el dónde, el cómo, y el cuándo tendría lugar el próximo encuentro, todo con el máximo de detalles y precauciones, para evitar que los seres engañados, ambos sospechosos y en estado de alerta, triunfaran en sus pesquisas de sorprenderlos y descubrirlos.

El esposo engañado, herido en su soberbio ego de agasajado por mujeres, experimentado simulador de afectos y cariños y con un bien ganado título de gran maestro en el arte de hurtar amores ajenos, ya había detectado actitudes y comportamiento inhabituales en su ahora reservada mujercita, a la que desde hacía varios meses la veía irradiando un halo de felicidad, todo acompañado de un manto de hermosura que le cubría todo su cuerpo. Cada día la observaba más fresca y glamorosa, sus mejillas más sonrosadas y sus labios más húmedos y sensuales. Y lentamente el pobre hombre traicionado dejó de dormir bien, abandonó

sus dos admiradoras transitorias, sus ínfulas de conquistador y se fue sumiendo en el suplicio de la duda, de los celos, de esos que no matan, pero que hieren dolorosamente fuerte en el corazón.

La disimulación de la tristeza que lo había posesionado y la ocultación de la humillación interna que sentía por la posible infidelidad de su mujer, no lograba obviar que sus amistades fueran sorprendidas por la metamorfosis que estaba padeciendo su amigo, antes alegre, conversador, dicharachero, seguro de sí mismo, y ahora, ojeroso, pálido, pensador, preocupado siempre. Los comentarios iban y venían. Algo pasaba en ese matrimonio conformado por una linda mujercita y un feliz dueño de casa, deducían seguramente algunos amigos cercanos y casi todas las mujeres.

La dama engañada, en la práctica esposa de Ricardo, respetada, simpática y poseedora de esa atractiva presencia que es dada por la genética, la educación y la cultura confiaba y con razón en su hombre, al cual ya consideraba como de su propiedad personal. Ella era blanca, de agradables facciones, casi linda, cuerpo bien formado, aún atrayente para señores que quieran lucir una mujer con personalidad definida, ademanes elegantes y orgullosa de su persona.

Los dos cornudos personajes con esa rara intuición que se apodera de los enfermos de celos y por esas misteriosas facultades de la mente, sus sospechas apuntaron directamente a sus respectivas parejas. De antes lejanamente conocidos, poco a poco fueron saludándose con más amabilidad, con más asiduidad y frecuencia. Surgían las clásicas preguntas inocentes, esas tan comunes que hacen suspicazmente las mujeres sospechosas de algo, como aquella “... Y cómo está tu señora... La veo cada día más linda... Sé le ve rebosante de felicidad...” o la que hacen los hombres del mismo estilo: ...Y qué es de tu marido... Lo veo muy cambiado... Se le ve triste, apenado... A lo mejor tú lo estás haciendo sufrir... Ojalá que no seas tú la mala...”. Con el paso del tiempo ambos

amigos de ahora, casi de infortunio, se convencieron que estaban en la ruta correcta, pero no estaban seguros.

Quizás esta traición sea tildada de bajeza e inmoral por muchas personas, pero nadie está libre de ser atrapado, atraído, casi absorbido por esa irresistible llamada de los instintos del amor y cuando esto les sucede a personas que han jurado ante Dios ser fieles hasta que la muerte los separe, esto es convertido en un pecado mortal. La razón de los poseídos por este misterioso fenómeno humano en estos casos no funciona, el raciocinio se bloquea y la lógica llega a conclusiones inusitadas. Estos seres transgresores convencidos de que la muerte no los separará, se juran amor aún después que ella suceda. Los sicólogos aseguran que esto es una grave enfermedad, a veces, incurable.

Mientras tanto el cornudo, el casi donjuanesco fanfarrón, el que menospreciaba a los hombres sosegados y fieles y admiraba a las mujeres ajenas infieles, se sentía vencido y jamás podría presentir que sería ofendido en este su máspreciado valor como hombre y persona, por uno de esos hombres que, a su juicio, eran incapaces de seducir una mujer y menos a su gacela ahora en celo permanente con su amante.

La respetable señora cornuda, de comprobada honorabilidad y don de gentes, mujer admiradora de su hombre, consumía horas y horas de su ahora permanente insomnio, pensando en el mutismo y sentimiento de lejanía que percibía en la actitud de Ricardo, su amado. Ella, la señora, amaba a su manera a ese hombrecito sensible que gustaba hablar de filosofía, de historia, de las injusticias y del ser humano, que eran una de las cualidades que hicieron saltar su corazón cuando comenzó conocerlo. Desde entonces, su amor por el hombrecito fue creciendo con el tiempo, pero Ricardo, su dócil hombre, con los años la rutina lo fue apagando hasta transformarlo en un común dueño de casa. Ella, la dama, había triunfado en su empeño de domesticación y de control y ella, la distinguida, había vivido siempre feliz exhibiendo el ejemplar masculino

de la que era su única dueña. Ahora apenada, cavilaba con dolor en lo lejano que estaba de ella el corazón de Ricardo.

Ricardo, el novato pies negros, había sido dotado por la misteriosa naturaleza del mapa genético humano, de una innata inclinación hacia la reflexión de los asuntos éticos, estéticos y morales, y quizás influido también por el entorno familiar y social. Aunque siempre mostró como un blasón de linaje su honestidad, honorabilidad, rectitud y lealtad a sus principios que guiaban su vida, ahora él, el moralista, había sido derrotado por el flechazo de un amor ajeno convirtiéndolo en un vulgar ladrón de sentimientos.

Esos casi sagrados principios, por los cuales él pensaba que valía la pena morir, habían sido quebrantados al hurtarle la mujer a un hombre y traicionar a su buena mujer.

En una de sus largas noches en que ella, la señora de la casa, se ausentaba de la ciudad para cuidar a una de sus hijas, como buena madre que era, Ricardo en vela, pensaba en su amor, en su gacela, pero el remordimiento por la deslealtad hacia su mujer le provocaba alocados saltos a su corazón. No podía evitarlo, él amaba también a su señora, pero de una manera diferente, sin esa pasión quemante y angustiante. La amaba a pesar de esa pragmática y realista actitud de ella para solucionar los problemas cotidianos y enfrentar la vida, pero poseedora de una inmensa y humanitaria sensibilidad por el dolor ajeno y las injusticias sociales. Sus sentimientos de amor hacia su hombre siempre eran demostrativos, coquetos y cariñosos. En esos momentos de desesperación, con la sensación de tener una daga enterrada en su pecho Ricardo sentía una desgarradora lástima por el daño que le estaba infiriendo a ese amor de tantos años. Eran momentos en que Ricardo, el traidor, rogaba que pronto los científicos en el estudio de la mente humana aceptaran la posibilidad de que un hombre pudiera querer a dos mujeres y no a una, como es lo habitual, aceptado y normado.

Un día cualquiera la señora de la casa, la cornuda, de nombre Eliana, se acerca zalamera y coquetamente a Ricardo, su hombre infiel, y le dice suavemente:

-“Mi amor, el Sábado he invitado a un matrimonio a tomar onces... No sé si tú los conoces... Es una pareja muy decente y simpática... Son muy amorosos... Me gustaría que los conocieras...”...

-“Bueno... Si tú lo crees así... Ningún problema...” Contestó Ricardo, displicente y sin dar importancia a este asunto, ya que estaba habituado a las tertulias que organizaba su mujer, por lo que ni siquiera preguntó por el nombre de los invitados.

El Sábado, el día del convite, Ricardo abre la puerta y ve delante de él a su amada gacela acompañada del cornudo fanfarrón. Los amantes disimularon como verdaderos actores consumados su sorpresa. Mientras los saludos y las consabidas preguntas y respuestas de cortesía iniciales iban y venían, las miradas inquisidoras de cuatro pares de ojos se cruzaban tratando de penetrar en las mentes de los rivales.

Ya sentados en los sillones de la sala de recibos, Ricardo sentía que su cuerpo ardía y que gruesas gotas de sudor estaban asomando por su frente, sus manos ya humedecidas, mientras él, el cornudo, lo observaba fijamente. Sin demostrar nerviosismo, Ricardo secándose el rostro con un pañuelo y sin dar importancia a la mirada insolente del cornudo, exclamó como un suspiro:

-“ ¡Qué manera de cambiar el clima!... ¿Está haciendo bastante calor... No?

La mujer infiel y la anfitriona en el otro sillón, con esa astucia innata de mujer se soportaban mutua, cortés y cordialmente las miradas, las preguntas y las respuestas, todo sonriendo y disimulando.

La labor de espionaje psicológico de los cornudos estaba en pleno desarrollo y la capacidad de contraespionaje de los amantes hacía alardes de habilidades de simulación e hipocresía, todo por el amor, ese gran don dado a los humanos por la naturaleza.

Pasado esos primeros momentos de susto y en el convencimiento de que las víctimas nada sabían, Ricardo, mientras sorbía su té su mente trataba de analizar la situación en la que estaba sumido. No había duda que la reunión había sido concertada, planeada con el objetivo preciso de indagar, buscar alguna seña verificadora de la relación entre su gacela y él. ¿Pero cuál de los dos cornudos era el dudoso y el creador de esta estratagema?...¿Era Eliana?...¿Era el fanfarrón?... ¿ O talvez los dos estaban coludidos?. Eran las preguntas que estaban haciendo transpirar más de lo normal al sorprendido Ricardo.

Afortunadamente para los amantes todo terminó con esas frases de buena educación...

“Lo hemos pasado muy bien”...”Hasta pronto... Vengan a visitarnos cuando quieran...”

“ Ha sido una regia velada... Ha sido un verdadero placer conversar con ustedes”, etc.

Después de varios meses, los amantes ya expertos en crear medidas de seguridad para precaver sorpresas desagradables, optaron por rotar los lugares de sus encuentros entre los diferentes pueblos y estaciones de ferrocarriles que abundaban en esa hermosa región. La brisa de la primavera y el rebrotar de la vida estaba estimulando a los amantes a ser cada día más osados. La fragancia del campo, el sol radiante y el trinar de los pajarillos que revoloteaban eran como un afrodisíaco para la gacela que embelesada no podía evitar que sus lindas fosas nasales resoplaran en su ensoñación con el ser amado.



Tendidos de espaldas, tomados de la mano, dejándose acariciar por la tibieza del sol y la brisa del campo, los enamorados amantes aspiraban el aire perfumado de las flores y de la hierba fresca de la campiña. Solos y cubiertos por el follaje, rodeados de mariposas y pajarillos trinando, libres de miradas curiosas, se entregaban al amor jurándose amarse aún después de muertos. En momentos así es razonable que esas personas escapen a la realidad durante esas horas de placer y comunicación íntima, lo que con mucha propiedad podría considerarse como una feliz y milagrosa locura.

Y llegó el verano, con su calor, sus playas hermosas y las vestimentas multicolores.

Período de goces, gozos, de descanso, de vacaciones y del gran golpe de los amantes.

La señora Eliana, la mujer cornuda de Ricardo, preparó sus maletas para ir a visitar a una de sus hijas, casada ya, que residía en una lejana ciudad y el cornudo fanfarrón, quizás ya resentido con su mujer, optó por pasar solo sus vacaciones donde unos parientes al otro lado del país. Esto no es nada anormal, ya que se acostumbra que en estos meses de verano cada uno escoja la forma en que hará uso de sus vacaciones. Era el momento de pensar en grande. Nada de dos horas cada tres días. Los amantes iban a estar juntos, mirarse a los ojos hasta cuando les diera sueño, durante quince días, con sus veinticuatro horas completas, y todo en un lugar paradisíaco, lejos de la gente conocida, junto a tranquilas olas de mar, sol y brisa marina, música con violines y otras agradables ofertas. Ambos sólo pensaban en la llegada del pronto día de partir hacia ese paraíso, sonriendo, respirando profundo, viviendo.

Y llegaron. Registrados en el centro vacacional como marido y mujer fueron guiados hacia una cómoda pero sencilla cabañita equipada.

Durante los dos primeros días salieron solamente a almorzar una vez. Al tercer día mostraron sus grandes ojeras a los bañistas, cuando decidían ir a nadar y debían sacarse sus sendos lentes oscuros. Poco a poco se fueron dorando y logrando esa apariencia tan deseada por todos de verse saludable, radiante y contento. Durante las noches, en la sala de baile se divertían conversando con parejas desconocidas pero ávidas de amistad y conversación. Todo era alegría y tranquilidad. Los amantes estaban de verdad en un verdadero cielo.

Como al décimo día de esa maravillosa estadía, cuando los amantes salían de su cabaña hacia el mar, vistiendo él un sombrero panameño, pañoleta multicolor al cuello, chalas y pantaloncillo corto y ella un gran sombrero de paja, lentes ahumados y sus siempre labios rojos y sensuales, de pronto alguien conocido del pueblo, una mujer, los quedó mirando insistentemente y con claras muestras de sorpresa. Luego dirigió su vista hacia el auto de Ricardo, muy conocido, que estaba estacionado junto a la cabaña. Al percatarse de este hecho los amantes fueron invadidos por una gran preocupación.

Cuando faltaban dos días para retornar a su pueblo, de improviso alguien golpea en la puerta. Ricardo pensando que era alguna de las personas que hacían la limpieza abrió la puerta, pero quedó paralizado cuando frente a él está furiosa, ella, la señora. Los insultos, el griterío fue espantoso. La amante que estaba en una de las habitaciones al asomarse a la puerta recibió también una andanada de palabrotas de la señora, que llorando se alejó junto a la amiga que la acompañaba.

Ricardo cuando divisó la imagen de su mujer alejándose y llorando amargamente no pudo evitar de verse invadido por una gran pena por el gran sufrimiento que le estaba ocasionando a la mujer con la que había estado viviendo tantos años. La gacela mientras tanto, convertida ahora en tigresa, dispuesta a todo, enfrentó en su momento a la mujer de Ricardo y de pronto inició el reproche a su amado por la ambigüedad y su actitud poco decidida. Esa noche cada uno se acostó dándose la espalda,

pero pasada las horas nuevamente estaban integrados en cuerpo y alma. Pero Ricardo, el victimario, pensaba también en su mujer, en la inmensa tristeza que por su culpa ella estaría padeciendo en esos momentos.

Posterior al terremoto, la señora abandonó a Ricardo y partió donde su hija y este se vio obligado a dejar la casa y arrendar un departamento para soltero. Los amantes para evitar males mayores acordaron dejarse de ver, suspender los encuentros y dejar la comunicación abierta solamente por teléfono, mientras tanto el cornudo, aunque al parecer aún nada sabía, estaba vigilante y atento para responder el teléfono. Las relaciones con ella, la gacela, estaban cada día más intolerables. Para asegurarse de incomunicar a su mujer escondió el teléfono con llave en el armario, por lo que la gacela, transformada ahora en leona, en hora fija y cuando se suponía que el cornudo estaba en su trabajo, esperaba impaciente la hora acordada para enchufar el aparato y se aprestaba ansiosa a escuchar el sonido anunciando que su amado estaba reclamando por ella y comenzaban las oraciones amorosas y los suspiros de los enfermos del corazón. Una hora, dos horas, tres horas hablando de amor, del futuro incierto y de las consecuencias cuando el cornudo fuera contactado por la señora cornuda, es decir, la pobre mujer de Ricardo, y se impusiera que en su cabeza lucía, sin que él se percatara, unos hermosos y floridos cuernos de ciervo.

Y pasaron dos largos meses. Ricardo precavido, casi permanentemente en posición defensiva y cautelosa. Esperando siempre un ataque sorpresivo. En la calle, en el Metro, donde estuviere siempre alerta. Un día cualquiera, levantó el auricular del teléfono y escuchó un vozarrón vulgar, insultante y amenazador de muerte. Era el fanfarrón. Ya sabía todo. Y las llamadas siguieron. Y también los anónimos dejados en las casillas de correspondencia del edificio. Ricardo ante la posibilidad de un encuentro con el fortachón inició sesiones de gimnasia y preparación física en su dormitorio. Compró un libro de kárate y un revólver a perdigones, de esos que hacen daño solamente a corta distancia y unos

prácticos lanza gases usados para defensa personal. En suma, el amante fogoso se estaba convirtiendo en un combatiente y todo por su gacela.

Mientras tanto, la comunicación con su gatita continuaba, desde lejos, utilizando los teléfonos de la calle. Después ambos amantes idearon arrendar una casilla de correo que era usada como buzón. Cada uno con su respectiva llave, depositaban y llevaban sus misivas de amor. Ella, la gacela, junto a sus notitas dejaba siempre una pastilla, un confite, como si todo fuera un amor de adolescente y luego todas sus cartas terminaban con el nombre de Penélope y él, para complacerla, sus cartas las firmaba como Ulises.

Aunque ella, la gacela, logró separarse legalmente de su esposo, él, despechado, seguía insistiendo, molestándola, y amenazando al amante ladrón del corazón de su mujer. Ricardo con el tiempo, cansado de tanto aspaviento y herido en su amor propio decidió enfrentar al cornudo, previa preparación física y técnica, ya que el fanfarrón era un hombre macizo y que jamás andaba solo, sino que siempre acudía a los bares y lugares de diversión acompañado no siempre de personas de buenas costumbres. Este era, a juicio de Ricardo el pies negro, un sujeto que en un momento de ira, y con justa razón, podría cometer cualquier barbaridad. Al escuchar la voz del cornudo, con sus acostumbradas bravatas telefónicas, lo desafió a hablar. El cornudo propuso un bar que él frecuentaba, lo que fue rechazado por el amante por lo riesgoso que era, pues en ese lugar se arriesgaría a una trampa y encerrona. Finalmente acordaron el encuentro al costado de una plaza y los dos solos.

Ricardo presintiendo una traición del cornudo, se colocó bajo su chaqueta de cuero el revolver a perdigones el que no dudaría en disparar a quemaropa si la situación se daba.

El amante llegó a la hora precisa. Esperó hasta que apareció el hombre engañado, con su estampa de rudo boxeador y luciendo una hermosa frente con unos bien maduros cuernos, visibles solamente a los ojos de

Ricardo. No alcanzaron a conversar. Golpes iban y venían hasta que la policía detuvo la disputa, llevando a los dos presos a la estación de policía. La vergüenza del cornudo lo hizo omitir la razón de la rencilla, entregando una versión diferente, la cual silenciosamente el amante la aprobó por verdadera. A la salida de la Comisaría Policial, el cornudo volvió a proferir insultos y amenaza de muerte si Ricardo no dejaba de ver a su mujer. Y parece que hablaba en serio.

Ellos los amantes, obsesionados en su amor, a pesar de todas las dificultades y riesgos, continuaban con sus encuentros furtivos, pero reforzando las medidas de seguridad, escogiendo cada día lugares más distantes y alejados del pueblo, parajes desconocidos y campiñas escondidas entre los montes. Haciendo caso omiso del revuelo que estaban causando, ellos, los angeles enamorados, estaban tendidos de espalda sobre la hierba, de cara al sol y tomados de la mano, extasiándose con la fragancia de las flores silvestres, con el vuelo de las mariposas y deleitando sus oídos con el alegre cantar de los zorzales.

Las amistades de la respetada señora cornuda y de su marido infiel, Ricardo el pies negros, en sus tertulias de convivencias el tema de moda eran los comentarios

sobre el amorío extramarital de uno de sus amigos. Las relaciones con las que intimaba este matrimonio, en desgracia, eran de un cierto nivel cultural, profesionales de diferentes disciplinas, incluyendo un afamado psicólogo, el que, especialista en materias de los misterios de la mente y de los comportamientos humanos, era el moderador de las diferentes posturas de cada bando en que se dividían las opiniones de los asistentes. Aunque la crítica a sus amigos desafidores de las buenas costumbres era general, el psicólogo como experto en escudriñar mentes ajenas, percibía claramente los bien disimulados suspiros de las damas presentes, quizás envidiando

a los infieles y por la remota posibilidad de algún día sentir la plena felicidad de amar y ser amada de la forma en que lo hacían sus amigos.

Mientras sus esposos hacían también vagar su imaginación buscando en su evocación la mujer ideal a quien poder amar libremente y sin barreras y mirando de soslayo y con pena a sus mujeres, ahora pensativas y tristonas.

El dejarse guiar por los comandos del corazón hacia el placentero torrente del amor, ocasiona a veces consecuencias tan desagradables que torna la vida angustiante y sufrible, como si la razón ofendida de tantas imprudencias quisiera vengar a quienes hacen caso omiso a sus indicaciones. Pero el amor ciego y poderoso, milagroso germen de la vida, logra que a veces los amantes verdaderos que aún sabiendo que sus besos los conducen a la desgracia y al peligro, de la mano y sonriendo avanzan hacia la hecatombe. Quizás sea criticable, pero la gacela y su amante siguieron con su romance cada día más intenso, más secreto y más riesgoso.

Ricardo, el amante, empezó a tener los primeros resultados de su actuar de colegial enamorado al ser despedido de su trabajo. Cada día que pasaba le era más difícil de solventar las fichas telefónicas para comunicarle a su amor que hoy su amor es más grande y profundo que el de ayer, todo en largas horas de alimentar a la golosa maquinita telefónica de la calle con más y más monedas. Forzados por la dramática situación económica ambos amantes lentamente estaban restringiendo sus comodidades a la que estaban acostumbrados en sus encuentros. Aunque semana a semana descendían un grado en la categoría de los restaurantes y hoteles al que acudían, esto no alteraba la visión pura del amor que ellos se proferían. Estuvieran donde estuvieren, cualquiera fuera el entorno que miraran sus ojos, ellos vivían su amor con el más elevado sentimiento de pureza, bello e inocente. Estaban convencidos que nada podía salpicar con dudas de vulgaridad lo que ellos estaban viviendo.

La inconsolable señora de Ricardo, con su faz estampada con las huellas de la desesperanza y con su corazón contristado, optó por el alejamiento, por dejar libre a su palomo amado, yéndose a cobijar y a regar con sus lágrimas otros espacios lejanos.

mientras el cornudo, incentivado por su exagerado orgullo varonil no cesaba de inventar argucias y tretas para recuperar no el amor de la gacela, su mujer, sino el cuerpo, la presencia de ella en su casa y después envanecerse ante los ojos de sus amigos y amistades. Ella, la gacela, rechazaba volver a ser prisionera y huía con pavor con el corazón invadido por la imagen de su amante, cuando captaba la cercanía del que fue su antiguo amor y ahora esposo despechado y furibundo.

Pasado algún tiempo, en uno de sus encuentros, mientras la luna surcaba el cielo límpido de verano, Ricardo y su gacela deleitándose ambos del elixir amorosos recién bebido, con la aureola de hermosura que este dona, besándole suavemente sus labios, él le susurra al oído:

-“ Mi amor... Encontré un buen trabajo... Pero lejos de aquí... En Australia, pero...”. No alcanzó a terminar la frase, por que ella, la gacela, airada y zafándose de los brazos de él le replica:

-“Tu no me quieres... Ahora me vas a abandonar... ¿No es cierto?...;Contéstame!...”

-“ No mi amor, jamás te dejaré, yo te amo, primero viajaré yo y luego cuando tengas todas tus cosas listas y yo haya encontrado casa y me haya acomodado, te mandaré a buscar. Allá nos casaremos, tendremos hijos y seremos felices como en las novelas...”

Ricardo, el pies negro, no logró convencer a su gacela, quien furiosa y con graciosos golpecitos con sus delicadas manitos intentaba llegar al rostro de su amado. Presa de desesperación, ella agotada de tanto esfuerzo, terminó rendida sollozando abrazada al cuerpo de él, gimiendo como gatita herida, mientras Ricardo le besaba los labios, le acariciaba el

cabello y le murmuraba palabras tiernas de amor inmenso, verdaderos juramento de lealtad.

-“ Acuérdate, mi amor, cuando tú me dijiste que querías estar unida a mí por toda tu vida y yo redacté un pacto de unión entre tú y yo vigente solamente entre nosotros para toda la eternidad y válido como juramento de amor entre tu corazón y el mío y que nadie en ese mundo, ninguna ley de los hombres podía invalidar nuestra voluntad soberana y libre... Acuérdate que ese fue nuestro matrimonio ante nosotros mismos, teniendo como testigos solamente nuestro amor y nuestra canción que escuchábamos, mientras tú feliz firmabas ese papel que ante el universo quedó impreso que tú eres mía por siempre por tu propio albedrío y yo soy tuyo de la misma forma... Tú me perteneces en cuerpo y corazón y yo siempre seré tuyo, hasta que la muerte nos separe y si hubiera vida después que ella venga, los dos seguiremos estando unidos tú y yo, siempre amándonos”.

Mientras ella atenta y con sus ojos llorosos escuchaba, lentamente se dejaba invadir por una sensación de tranquilidad que poco a poco le fue iluminando el rostro tornándolo aún más bello por la paz que estaba llegando a su ser. Terminó ella aletargada y suspirando como una niña mimada, dormitando en el pecho de su amor.

Un acalorado cartero buscaba una dirección en una linda calle de una ciudad. Miraba hacia el interior de las casas intentando leer el número que a veces estaba escondido entre el follaje y enredaderas de los jardines. En una de esas viviendas una dama, canosa, de cabellos blanquecinos brillantes y hermosos, aún lozana y esbelta, regaba las plantas y maceteros de su jardín, como si estuviera jugueteando con el escurridizo chorro de agua de la manguera. Sobresaltada por la inesperada voz del cartero que le preguntaba por una dirección y el nombre de una persona,



ella para escuchar mejor, dejó de rociar y se dirigió hacia la puerta donde estaba el empleado de correo.

-“ Buenos días, qué desea, señor”..., le preguntó sonriendo y mostrando sus hermosos dientes.

-“ Busco ésta dirección y a esta persona... No sé si estará equivocado el destinatario, porque no la encuentro”... Respondió el cartero alargándole un pequeño paquete donde estaba escrito el nombre y la dirección de la persona a quien estaba siendo enviado.

Sorprendida la dama se alegró al ver su nombre en el paquetito y presurosa le comunicó al cartero que ella era la destinataria de esa pequeñísima encomienda.

-“ Permítame su carné de identidad, señora... Gracias... Firme aquí, por favor...

Gracias... Hasta luego... Felicidades”. Terminó expresando el empleado de correo, previa entrega del encargo.

Curiosa, la dama cerró la llave del agua y se dirigió al interior de su casa para cerciorarse del contenido de ese paquete postal que se le había enviado. Rompió los sellos, cortó los hilos y de improviso tuvo ante sí, en su memoria, la imagen de su amante, al único hombre a quien había amado en su vida. Incredula, revisó la letra y la contraseña única, únicamente conocida entre él, su amado de siempre, y ella.

No había duda, el envío era de él. Abrió el paquetito y en el interior había una hermosa cajita de madera tallada. Presintiendo algo terrible, con sus manos temblorosas, casi adivinando su contenido, levanta lentamente, muy lentamente, la tapa del cofrecillo y lanza un grito de desesperación.

“¿ Qué le pasó mamita, que gritó tan fuerte?...Nos asustamos... Creíamos que le había ocurrido algo... ¿ Está bien, no es cierto?.. Preguntaron casi

al unísono varios jóvenes y niños, al parecer hijos y nietos de la dama, quien al sentir los pasos había escondido rápidamente el cofre y las evidencias causantes del alarido de dolor.

“Sí, estoy bien, me pareció ver pasar una pequeña lauchita por entre mis pies... Creo que vamos a tener que hacer entre todos un aseo completo en uno de estos días... Ya... ¡Váyanse a hacer sus cosas!...Que yo tengo que hacer... Contestó y ordenó la atribulada señora, que como experta había logrado disimular los locos latidos de su corazón por el presagio que estaba por cumplirse. Se dirigió a su dormitorio, ahora con su semblante descompuesto, llevando entre sus manos aquel mensaje de su amor ido hacía tantísimos años. Sentada sobre su cama, procedió a examinar el contenido de la caja de madera. Era un hermoso ánfora, piramidal, de oro y con sus caras de cristal, conteniendo en su interior algunos gramos de cenizas. La dama con esa joya fuertemente asida en una de sus manos, fue atrapada en un ataque de gemidos, llantos y pequeños gritos ahogados en su garganta, mientras pronunciaba palabras incoherentes como una poseída por una demencia.

Al otro día el eje de esa familia no se levantó de su cama. Postrada como una convaleciente de alguna enfermedad, ella siempre sana, de un día para otro se había transformado en un ser ojeroso, demacrado. Su familia sin saber que le pasaba a su madre y abuela, llamaron al médico, quien sin poder diagnosticar el padecimiento de la paciente, optó por recetar algunos tranquilizantes y somníferos, recomendando antes de retirarse de dejarla descansar y no interrumpirle la tranquilidad que le producirían los medicamentos.

Al segundo día, ella, la gacela de antes, con sus cabellos negros y brillantes de antes y ahora de plata, dormitaba en su cama, con sus ojos hinchados de tanto llorar, luciendo colgado de su cuello por una cadenilla un hermoso ánfora de oro con cristales transparentes conteniendo algunos gramos de ceniza del cuerpo de su amado, ahora junto a ella

hasta su muerte. El único hombre de su vida había cumplido con la promesa de amor hecha cuando los dos eran amantes y jóvenes. Ella, ahora dormía sonriendo, porque aunque su amor ya no estaba en este mundo, sus restos reposaban en su pecho, escuchando los latidos de su corazón, ahora para siempre y mientras ella estuviera con vida.

En otra ciudad, lejana y desconocida, sentada en una mecedora, dejándose acariciar por el sol de media mañana, tejía meditabunda, con su mirada puesta en sus dedos ágiles y en el aletear de los palillos, estaba la distinguida figura de la señora de Ricardo, el pies negro, su esposo infiel, ido de su lado atraído por una mujer pecadora, según ella pensaba, hacía ya tantos años. Lucía como siempre, con su porte de gran dama, aunque ahora anciana y su rostro surcado por grandes arrugas. Interrumpida en su distracción manual de tejedora por la voz del cartero, se levantó de su sillón de descanso y escuchó la pregunta del empleado del correo:

“ Usted es la señora Eliana...”. El cartero no pudo terminar la frase al ser interrumpido por el rotundo “ Sí” de la anciana.

“Me permite su carné de identidad, señora, por favor...”...”Gracias” .....”Firme aquí...”

“Gracias... Hasta pronto...”. Se despidió el cartero previa entrega a la dama de un pequeño paquete.

Después de una semana la siempre respetada anciana, se levantó de su convalecencia ya repuesta, pero con una inmensa tristeza que apagaron el brillo de sus ojos, ahora opacos y sin esa graciosa picardía de su mirada. Antes de abandonar su dormitorio, sus manos casi por instinto se dirigieron a mejorar la ubicación y la postura de una gran ánfora de oro, de forma piramidal y con sus caras de cristal, conteniendo más de cincuenta gramos de cenizas. Una vez acomodada esa joya que adornaba

ahora su velador, la miró antes de salir de su recámara hacia las otras dependencias de su casa.

Algunos niños que jugaban en el patio, al verla aparecer corrieron a tomarle la mano, mientras mostraban su alegría por ver a su abuelita nuevamente en el patio aprestándose a ordenar sus lanas y tejidos.

El niño más crecido, de unos once años, alejándose de sus hermanos menores, se acuclilló a un costado de su abuela y al mirar la joya que ahora lucía el cuello de la abuela, sorprendido, le pregunta:

“Abuelita... Eso que lleva puesto en el cuello... ¿Qué es?...¿ Es una ánfora verdad?.

Sin poderlo impedir, el niño tomó en su mano la pirámide de oro, la examinó y comprobó que el interior de esa alhaja estaba lleno de un polvillo parecido a cenizas.

Admiró las finas filigranas en el metal y la transparencia y brillo del cristal. Sin poder contener su curiosidad, ansioso por saber más sobre lo que estaba mirando, miró a su abuelita y cuando ya se aprestaba a abrir la boca para lanzarle la pregunta, ella, la anciana, le replicó:

“¿ No me preguntes nada!...Sé lo que vas a consultar... Yo te lo diré, pero solamente a ti, siempre y cuando esto que te voy a contar jamás se lo digas a nadie, ni siquiera a tu mamá... Si me lo juras, te digo qué es lo que llevo colgado en mi cuello. ¿ Estás dispuesto a jurarme por Dios y también por mí, que cumplirás con tu promesa?.”.

“Sí, le juro, abuelita, que lo que usted me cuente sobre esa ánfora que cuelga de su cuello, jamás lo comentaré con nadie... ¡Se lo juro!. Dicho esto el niño se llevó los dedos índice y pulgar a sus labios, haciendo la señal de la cruz.

“ Escucha, pequeño, hace muchos años, antes que yo conociera a tu abuelito, que en paz descansa, cuando yo era joven conocí a un hombre. Yo me enamoré de él y el de mí. Con el tiempo esa pasión se transformó en un gran amor, pero un amor tranquilo, sosegado. La pasión inicial la apagó el amor verdadero, ese sentimiento que jamás se olvida y que hace que la memoria guarde hasta la muerte la imagen de ese ser amado.

Pero, un día ese hombre que tanto me quería fue embrujado por una mujer y se lo llevó con ella, dejándome con el alma sangrando de dolor. Durante muchos años, después de su partida, siempre pensé que él me había dejado de querer, pero hace unos días él desde el cielo donde ahora está, estoy segura, me ha mandado un recado y un regalo, el más grande que he recibido en mi vida. Me ha enviado esta ánfora que llevo en mi cuello llena de las cenizas de su cuerpo y la otra, grande y bella, plena de ese polvillo en que él se redujo y que estoy segura que a través de los cristales él me está mirando cuando yo lo miro, porque lo he colocado en mi velador, junto a mi cama...”. El niño interrumpió bruscamente el relato de su abuela:

“Abuelita... Si él la quería tanto... ¿Por qué entonces él se fue con esa mujer?

“Cuando tú seas grande vas a comprender que ese sentimiento que poseen los seres humanos llamado amor, en este caso entre un hombre y una mujer, no es estable, es voluble, su intensidad baja y sube según va pasando el tiempo y no siempre esto sucede igual en los amantes. Lo ideal sería que los dos bajaran o los dos subieran su interés el uno por el otro, pero desgraciadamente esta relación muy pocas veces se da.

La naturaleza ha dotado al hombre de una genética que torna muy poderosa la atracción hacia las mujeres, la que es reprimida solamente en parte por el sentimiento de lealtad y cariño hacia el ser que están amando. A los hombres, a veces, nosotras las mujeres, debemos compadecerlos, porque a ellos les es muy difícil ser fiel a una mujer. Su instinto es diferente a nosotras, las mujeres. El hombre que yo amé, amo y amaré

hasta que me muera, aunque él me amaba, amó también a esa otra mujer, pero de una manera diferente y estoy segura que se fue con ella, pero llorando por mí, por el amor tranquilo y quieto que yo le prodigaba. El ahora ya muerto me ha dicho que yo fui su mujer principal, la más importante y la mujer que más amó en su vida...

“¿Y cómo sabe usted, abuelita, que usted fue la mujer que él más amó?”. Nuevamente interrumpió la narración el niño que escuchaba con gran atención lo que la abuelita le estaba confidenciando.

“¿Me estás preguntando cómo sé yo que el amor de ese hombre ya fallecido me quiso más a mí que a esa otra mujer por la que me abandonó?. Te voy a responder... Cuando aún no aparecía la mujer que él también amó, cierta vez, cuando estábamos abrazados mirando la luna y el mar, él me juró que cuando él se muriera, pasara lo que pasara en el futuro, iba a dejar establecido en su testamento que su cuerpo fuera quemado y que las cenizas fueran depositadas según sus instrucciones en las ánforas que él dejó diseñadas, en forma y tamaño, para cada persona que alguna vez amó y el sobrante que fuera lanzada al mar. La más grande y colmada con sus cenizas sería para la mujer que más amó y esa la he recibido yo y la tengo ahora adornando mi velador... y ésta que cuelgo de mi cuello... ¡Mírala!...¿Es hermosa... cierto?...Está llenita con ese polvillo mágico que me ha vuelto a la vida... El siempre me amó... Jamás dejó de amarme... Aunque también amó a esa otra mujer. Junto con las ánforas, me envió ésta carta... contándome todos sus pensamientos y sentimientos hacia mí y lo mucho que padeció cuando la fuerza de la naturaleza lo arrastró hacia las sensaciones de otro cuerpo de mujer. La verdad, mi niño, es que la mente humana es tan misteriosa que nadie aún puede decir la última palabra...

Al ver a la anciana en ese momento de confesión de sus confidencias y secretos, guardados durante tantos años, lucía un semblante hermoso, su

**mirada brillante y transparente, sus labios se habían tornado frescos, más rojos, y su sonrisa casi juvenil.**